

CUESTIONES DE HISTORIOGRAFÍA: DIODORO SÍCULO Y OTROS

JAUME PÒRTULAS

J.L.T. IN MEMORIAM 26/V/1998

I

JESÚS LENS TUERO (ed.) *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1994, 302 pp.

Quiso la casualidad que la noticia, inesperada y brutal, de la muerte de Jesús Lens me llegase precisamente cuando estaba leyendo sus Estudios sobre Diodoro (suyos y de un grupo de colaboradores); me los había mandado y yo tenía la intención de reseñarlos. Después de un momento de dolorosa perplejidad, continué la lectura, y ahora he decidido acabar la recensión que entonces no terminé. No desconozco que combinar reseña y homenaje resulta un poco incongruente; pero para mí es la mejor manera de continuar hablando de una temática a la que Jesús Lens, como investigador, quiso consagrar, quizá, lo mejor de sí mismo.

Componen el libro veintidós trabajos de extensión, alcance y propósito bastante distintos: once del propio Jesús Lens (más uno firmado a medias con Javier Campos Daroca); cuatro de Minerva Alganza Roldán, más otro en colaboración con Miguel Villena Ponsoda; otros cuatro de J.M. Camacho Rojo, y uno de Mariano Benavente Barreda. La ordenación del libro resulta a veces un poco sorprendente: la secuencia cronológica de las primeras publicaciones de cada trabajo se respeta bastante, pero no sin excepciones; tampoco se procede siempre de la temática más general a la más particular, como quizá sería deseable. Los análisis de cuestiones muy concretas son predominantes, aunque no faltan las visiones de conjunto: léase, por ejemplo, el capítulo cuarto "Sobre la naturaleza de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia" (pp. 33-61). En él, Jesús L[ens] empieza preguntándose el *por qué* del título mismo de la *Biblioteca*. ¿Indica quizás unas aspiraciones fundamentalmente didácticas, dirigidas a un gran público más o menos culto? Las bases teóricas

* *Synthesis* (2000), vol. 7.

para una empresa de esta índole las constituían, naturalmente, la Divina Providencia y el parentesco entre todos los humanos. Ahora bien, si se considera la historia como resultado de la acción de la Providencia, deducir lecciones morales de los acontecimientos históricos es de todo punto inevitable. Se trata, además de "...una definición que obliga al lector a reconocer y, cabría decir, a venerar en la historia la constante aparición de la excelencia individual, ejemplificada por la figura del civilizador" (p. 40 n. 62). En este terreno, Diodoro (que evidentemente consideraba —y no sin buenas razones— a Ptolomeo como el mejor de los Diadocos) se había forjado, a partir de su personaje favorito, una imagen (muy poco original, por cierto) del *buen rey*: militar ilustre, prudente y sensato con sus súbditos, pero terrible cuando se hacía necesario. Por otra parte, la problemática de la *hegemonía* (¿cómo conseguirla? ¿cómo mantenerla?) es recurrente en la *Biblioteca*, y L le consagra el primero de sus trabajos. Diodoro no es exactamente un ingenuo: el papel de la intimidación resulta fundamental. La imagen idealizada del *buen rey* por un lado, más este "esquema complejo de miedo y terror" y finalmente una serie de preocupaciones de naturaleza 'antropológica' contribuyen a ubicar el horizonte intelectual de Diodoro en el ámbito de la literatura estoica. "Los pasajes relativos a las prácticas matrimoniales encuentran un paralelo con los temas de la literatura cínico-estoica" (p. 29). Eugenesia cínica: incluso un tema tan vidrioso para los griegos como el de la igualdad entre los sexos llegó a formar parte, como es bien sabido, de las propuestas cínicas. La "política matrimonial cínica", formulada por primera vez, al parecer, por Antístenes, influyó en Diodoro, verosímelmente a través de Onesícrito; pero los filólogos no acaban de ponerse de acuerdo acerca de lo que pertenece a cada cual. Entre los materiales de antropología diodorea que suscitan el interés de L, reflejado en sendos capítulos, hay que indicar la "fábula del león enamorado de la doncella"; Alejandro Magno en el Catay y en el reino de Sopites; las Amazonas junto a la laguna Tritónide.

Las acusaciones contra Diodoro han sido siempre las mismas: moralismo, falta de originalidad. L y sus colaboradores se preguntan muchas veces hasta qué punto la *moralina* de Diodoro (*i.e.* su carácter profundamente pietista) consiguió atrofiar su sentido de la historia. A

propósito de este problema concreto, véase el capítulo quinto, obra de J.M. Camacho Rojo, titulado “En torno a Diodoro de Sicilia y su concepción moralizante de la historia” (pp. 63-69): la tarea de la historia como *magistra vitae* es la de “disuadir a los depravados de su tendencia a la maldad” (p. 68). Por otra parte, frente a la compleja cuestión de si Diodoro modificaba poco o mucho el estilo de sus fuentes, la opinión mayoritaria entre los especialistas suele ser que *más bien poco*: “incluso cuando funde varias fuentes, lo hace de un modo fundamentalmente mecánico” (p. 45). L discrepa categóricamente de esta *communis opinio*, a pesar de reconocer que Diodoro “no era una personalidad fuera de lo común, sino únicamente un escritor concienzudo”. Tras plantearse la dependencia del escritor de Agirrión respecto a Éforo y Polibio, L llega a la conclusión de que esta dependencia *no es servil* en ninguno de los dos casos; sin embargo, el esfuerzo de adaptación a veces resulta mínimo: un simple cambio de persona. A pesar de todo, L se expresa en términos concluyentes: “sigue siendo una adaptación [...] usando en la mayor parte de los casos una terminología propia y un número significativo de adiciones procedentes de otras fuentes” (p. 54 n. 137).

En las pp. 71-79, Minerva Alganza Roldán se interroga acerca del tratamiento de la mántica por parte de Diodoro, particularmente en los prolegómenos de las batallas importantes; y lo pone en relación con la actitud firmemente positiva de los estoicos hacia la adivinación tradicional. En efecto, el estoicismo, tan influyente en la constitución de la *koinê* cultural helenística, postula la *prónoia* divina y también el carácter divino del alma humana, capaz de captar una serie de encadenamientos cósmicos. Los dos capítulos siguientes, a cargo de J.M. Camacho, debaten el problema de la *týchê* helenística: un agente que el hombre no controla, pero que puede determinar de manera parcial o total los hechos históricos; por lo tanto, hay que vincularla a la dimensión de la causalidad: “una fuerza que invierte los papeles en una situación histórica dada, manifestándose a favor de la parte débil o que carece de esperanza, en contra de la que confía en su superioridad (p. 90). Como consecuencia inevitable “la excelencia de un hombre hay que juzgarla no por los resultados de sus empresas sino por sus

propósitos e intenciones, dado que éstos están bajo el control humano, pero aquéllos pertenecen por entero al dominio de la fortuna [... *que se complace en*] castigar la presunción e insolencia humanas” (p. 91).

Los dos capítulos siguientes, de L, tratan desde perspectivas distintas de la utopía cínica. El primero, acerca de “La réplica de los árabes nabateos a Demetrio Poliorcetes” (pp. 117-25) recuerda que las utopías helenísticas pueden adoptar dos formas muy distintas: o bien una abundancia, una riqueza natural extraordinarias, o bien la austeridad más extrema: “la frugalidad y la autarquía como fuente de libertad y de autonomía”. La pobreza es garante de la seguridad de aquellas poblaciones marginales; se trata de “un retorno a la etapa primitiva de la humanidad a través de la vida sencilla”. El segundo artículo (pp. 127-43) analiza la figura de Viriato como “héroe y rey cínico”. En efecto, el caudillo lusitano se nos presenta como alguien que ha aprendido, de los filósofos y predicadores ambulantes cínicos “la utilidad de la justicia, incluso para un caudillo de bandidos”; y también que “la autarquía era la más grande riqueza, la libertad, su patria, y que la posesión más firme era la superioridad que procedía del valor”. Viriato sería, pues, una suerte de buen salvaje, ciertamente ignorante, pero a tono con el drástico rechazo de los cínicos contra la *énkyklos paidéia*. Por otra parte, los cínicos habían puesto a punto los mecanismos específicos para la instrucción que propugnaban: *chreíai*, *gnômai*, la fábula sesgada...

Los dos artículos siguientes muestran la otra cara de la moneda: la ‘mitificación’ del imperialismo de los Seléucidas (pp. 145-67) y de la misma Roma (pp. 169-86). Las leyendas reales de los Seléucidas postulan su linaje divino; y se afanan en establecer, *ad maiorem gloriam* de los soberanos, un paralelo, cuanto más estrecho mejor, con el propio Alejandro, con el objetivo obvio de “ganar todas las ventajas que pudieran del empleo del nombre de Alejandro” (p. 166). Dócilmente, Diodoro se hace eco de las relaciones, cordiales e íntimas, entre Alejandro y Seleuco I. Respecto al imperialismo romano, el historiador sículo evita en la medida de lo posible vituperar sus rasgos de crueldad evidente: con una ingenuidad superior a la del común de los mortales, opinaba que la política de terror constituye la excepción, *no la regla*,

para conservar la hegemonía y que, *a largo plazo*, la generosidad resulta rentable. En cualquier caso, presenta una defensa *utilitaria* de la benignidad y la benevolencia: “se esfuerza en demostrar que lo éticamente correcto es también provechoso”. ¡Le era preciso, por cierto, ignorar o minimizar ciertas evidencias incontrovertibles de la historia! Dejando de lado una posible autocensura, quizá pensaba que, en términos históricos, el Imperio de Roma constituía un avance positivo y que la hegemonía romana era éticamente mejor que las que la habían precedido. Desde otro punto de vista, este artículo resulta destacable, también, por su defensa (siempre relativa, naturalmente) de la homogeneidad del pensamiento diodoreo.

II

En el artículo siguiente, en cambio (pp. 187-93), Minerva Alganza Roldán intenta paliar las incongruencias (bastante indisimulables, ésta es la verdad) en la narración de Diodoro acerca de Pelópidas; se pregunta si implica la coexistencia de diversas fuentes, especialmente mal integradas, y compara el relato diodoreo con la biografía de Plutarco. En otro trabajo, acerca de “los epílogos de las batallas de Hímera y Tanagra” (pp. 209-220), la misma autora analiza la “subordinación de la retórica a la historia”; pero ¿no se trataría más bien de lo contrario, justamente? Diodoro, “un siciliano que intenta, en cualquier oportunidad, engrandecer la gloria de su patria”, despliega, a propósito de Mirónides “estratego juicioso a la vez que enérgico”, “todos los lugares comunes del género encomiástico”. Por su parte, L dirige su atención a dos ‘encuentros’ particularmente emblemáticos, por así decir: el del escita Ateas con Filipo de Macedonia (pp. 195-99) y el de Dromijaites con Lisímaco (pp. 201-207). La cuestión de fondo la constituye la vieja polaridad “griegos vs bárbaros”; es importante indagar “qué pensaban de dichos pueblos, de sus leyes y su modo de vida” los intelectuales griegos, pero también la gente corriente. La época helenística fue particularmente sensible a “la búsqueda de la autonomía y de la autarquía mediante la simplificación de la vida, la renuncia a todo lo superfluo y la práctica de la frugalidad” (p. 197). Determinadas formas de *primitivismo cultural* tentaron a los griegos *soi-disant* admiradores de la cohesión social de la vida primitiva, hostil

a cualquier individualismo (cf. p. 196): concordia, comunitarismo, frugalidad y simplicidad fueron los términos clave. “Éforo, influido por los cínicos, parece haber desempeñado un papel decisivo en la idealización de los escitas, esos pueblos nómadas del Norte”. La autarquía, además, ayuda a evitar las invasiones: la tierra es inhóspita y, por otra parte, ¿quién desearía conquistarla? Dromijaites, “tras mostrarle [a Lisímaco] su propia pobreza y la de su pueblo, y también su autarquía, le invitó a no combatir con hombres de tal condición, sino a tenerlos por amigos...”. Parece yerosímil que la fuente de la mayoría de estos motivos sea Onesícrito, probablemente a través de Posidonio. Pero como recuerda acto seguido el propio L (“On Textual and non Textual Quotations from Historical Works”, pp. 221-27) resulta difícil que la *Quellensforschung* a propósito de Diodoro llegue nunca a apaciguarse.

Los dos trabajos siguientes disputan *de re militari*: el primero, de M. Alganza y Miguel Villena Ponsoda constituye un estudio de la *táxis* militar (pp. 229-42); el segundo, de la sola Minerva Alganza Roldán, discurre acerca de Epaminondas (pp. 243-50). “En la historiografía griega posterior al siglo IV, la descripción de la *diátaxis* [... *constituía un*] componente formalizado y característico de la primera fase del relato de las batallas; [... *resulta verosímil que*] el siciliano haya seguido al pie de la letra sus fuentes” (p. 230). Conviene recordar, empero, que buena parte de los historiadores de Alejandro —y también Jerónimo de Cardia, fuente básica para muchas de las noticias que nos han llegado acerca de los Diadocos— o bien participaron en expediciones y batallas como oficiales o bien tuvieron acceso a informadores de primera mano (cf. p. 235). Diodoro, que encaja perfectamente con la imagen del “erudito libresco”, no gozó de ninguna de estas ventajas, de modo que muchas veces se limita a enfatizar datos de simple sentido común: por ejemplo, que el valor y la experiencia suelen resultar mucho más decisivos que la simple superioridad numérica. Acerca de Epaminondas, se nos recuerda su “carácter enérgico y frugal” (p. 246); y también que “las comparaciones [*synkríseis*] de grandes hombres eran un procedimiento historiográfico habitual” (p. 247 n. 14). Después de un rápido análisis de “Seis tópicos

del folklore universal en Diodoro Sículo” (pp. 251-60), a cargo de Mariano Benavente, otro trabajo de J.M. Camacho Rojo estudia la noción de destino (*peprômenê*) en el historiador de Agirion. Diodoro intenta tomar en consideración un vasto conjunto de fuerzas indeterminadas: la divinidad, la Fortuna (o azar, o contingencia), el Destino... Resulta singular la profunda admiración del Sículo por la astrología caldaica: hay que ver en ello un rasgo característico de la sensibilidad de la época, aunque buena parte de los especialistas se inclinen más bien por rastrear aquí influencias estoicas (particularmente de Posidonio), innegables por otra parte. “La astrología caldea [*supone la*] posibilidad de un conocimiento anticipado del destino personal mediante la observación y correcta interpretación de la regularidad de los movimientos siderales” (p. 264). La unidad del género humano constituye, obviamente, premisa inesquivable para la posibilidad misma de una historia universal; así pues, los historiadores son —aquí sí que hallamos, por cierto, un tópico estoico muy consolidado— *hypourgoí tês theías pronoiás*. Camacho protesta, una vez más, contra la tendencia a ver en Diodoro solamente al ‘compilador’ por antonomasia, por la única razón de su evidente carencia de genio; de este artículo se puede deducir, además, una excelente definición del ‘estilo’ de Diodoro: no es más que la lengua de las cancillerías helenísticas (tal y como está documentada por la epigrafía), presuntamente elevada a la dignidad de género literario. Un estudio conjunto de L y J. Campos Daroca acerca de la geografía de Egipto (pp. 279-99) cierra el libro. La fuente básica de Diodoro la constituye, sin lugar a dudas, Hecateo de Abdera; mas parece que el Sículo ha llevado a cabo alguna suerte de actualización, porque en su obra aparecen informaciones *posteriores* a la muerte del historiador abderitano. Hecateo de Abdera no fue, sin embargo, el autor de un *lógos* etnográfico sino “... un filósofo que se había servido de un género histórico para sus fines especulativos y protrépticos”. Así pues, fue “el creador de un nuevo género: la utopía etnográfica” (p. 280), o descripción de un estado ideal que une a sus excelencias la ventaja de existir *realmente*: una suerte de utopía *verídica*. El aislamiento de Egipto lo convertía en un estado filosóficamente ideal: “carente de contacto con la corrupción de sus

vecinos y autosuficiente por completo” (p. 281); la vocación insular y autárquica de Egipto explica “cómo ha podido constituirse el *orden social* sobre el que reposa la civilización egipcia”. En este período, “los esquemas retóricos de exaltación de un país” están ya perfectamente consolidados; hay que destacar, entre ellos, “la capacidad de asegurar su alimentación y su defensa”. Inexpugnable, inaccesible, Egipto goza de una fortificación ‘natural’. También los tópicos del evergetismo y el evemerismo helenísticos son explotados por Diodoro: “... la acción regia configura el país como un espacio sobre el que se ejerce un poder que lo delimita [...] el monarca [*como un*] inventor y benefactor, cuya acción supone un salto cualitativo en el proceso hacia un estado civilizado. Es la figura del monarca la que asume el cometido de hacer avanzar la sociedad”... Así concluye el volumen.

* * * * *

Terminada la lectura, retornamos a la Introducción (pp. 7-12) y destacamos una serie de indicios que cobran, *a posteriori*, un sentido pleno y que merecería la pena, por lo tanto, recoger a modo de conclusión o epílogo: Diodoro fue sin duda un intelectual ecléctico; mas ¿en qué sentido exactamente? L y sus colaboradores no acaban de asumir la perspectiva (¡tan razonable, sin embargo!) de “unas convicciones sincréticas que con carácter general compartían los hombres cultos de su época” (p. 8); ¿por qué el historiador habría tenido que desmarcarse de ellas? Tampoco el peso de la retórica en su obra se deja minimizar: “nuestro historiador muy posiblemente ha utilizado manuales de retórica”. Existe también, incómodo pero inesquivable, el problema de la voluntad moralizadora en la *Biblioteca*, tan peligrosa, tan letal para una obra que se pretende ‘histórica’. Respecto a la influencia cínico-estoica, probablemente no es separable del “clima del tiempo”. Y por fin, el problema de los orígenes de la civilización interesó a Diodoro de manera profunda. En este terreno, la influencia que sobre él ejerció Demócrito parece indiscutible; pero se trata de un influjo a través de intermediarios. ¿Fueron éstos uno o varios epítomes doxográficos (como parece preferir L) o el mismo Hecateo de Abdera? Vale la pena dejar abierta esta cuestión, por lo menos de momento.

III

J.A. SÁNCHEZ MARÍN, J. LENS TUERO, C. LÓPEZ RODRÍGUEZ (eds.), *Historiografía y biografía*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997, xi + 190 pp.

El segundo volumen que deseo comentar aquí no gira en torno a una figura individual como Diodoro (objeto, sin embargo, de dos artículos) sino que recoge las Actas de un Congreso Internacional sobre los géneros, tan interrelacionados, de la Historiografía y la Biografía —congreso celebrado en 1992 en la Universidad de Granada, para solemnizar la suma de efemérides que coincidían en aquella fecha. Advertido desde ahora que aprovecharé la libertad de elección del reseñador, de modo que, aparte de enumerar cada contribución, solamente me demoraré en aquellas que, por razones a veces subjetivas, me han llamado más vivamente la atención.

Así pues, a propósito de “El origen del lenguaje en Diodoro I 8, 3” (pp. 49-55), F. Maldonado Villena discute el peso de cada fuente sobre el historiador de Arrigion: Demócrito, Epicuro, Hecateo de Abdera, Posidonio; a este último se le atribuye una influencia determinante. También François Chamoux estudia a Diodoro como biógrafo (pp. 57-65), aprovechando que la *Biblioteca* es, indiscutiblemente, “une histoire des grands hommes autant que des peuples” (p. 60). “On voit bien l’intérêt que présente aux yeux de l’historien le point de vue biographique: il confère à son exposé une unité interne qui retient le lecteur, dont la curiosité risque moins de s’éparpiller dans l’accumulation des événements divers survenus au cours d’une même année”. Así sucede con Filipo II de Macedonia (“notre historien a conçu ce livre XVI comme une monographie centrée sur l’oeuvre et la personne de Philippe”), su hijo Alejandro, Antígono, Éumenes, Casandro, Demetrio Poliorcetes y Agatocles, personajes todos que consiguen, en medida mayor o menor, quebrantar los angostos límites de la técnica analística. Sin embargo, Diodoro carece, para alcanzar la talla de un buen biógrafo, de la delectación morosa por el detalle.

Otro artículo en francés, el de Pierre Gros acerca de la leyenda de Télefo (pp. 67-79), analiza la explotación de la historia, la historiografía y la leyenda al servicio de la propaganda política. Los Atálidas de

Pérgamo justificaron *míticamente* su alianza con Roma (el 197 a.C., en Cinoscéfalas, combatieron al lado de las legiones de Flaminio), en razón de su pretendida descendencia de Télefo: los legítimos herederos de la Tróade (!) tenían que ser aliados fieles de los romanos (± Enéadas). Muchos años más tarde, en el singular *manifesto* oficial y dinástico del *sebasteion* de Afrodísias, la leyenda de Télefo volvía a servir de punto de enlace entre culto imperial y mitología tradicional griega.

* * * * *

Luciano Canfora, por su parte, reflexiona acerca de la biografía de Jenofonte. El memorialista de los Diez Mil rompió de un modo drástico los puentes con Atenas: después del episodio de los Treinta —a quienes había servido en calidad de hiparco, según una hipótesis bastante verosímil, pero en modo alguno demostrada— adoptó un partido totalmente opuesto al de Sócrates, su antiguo maestro: mientras éste decidía rendir cuentas a la justicia de su ciudad, Jenofonte se hurtó a ella. La expedición de los Diez Mil (convertidos finalmente en una partida de mercenarios-bandoleros al servicio del mejor postor) significó para muchos —entre ellos el futuro historiador— un modo radical de quemar las naves: el regreso a casa se convertía en imposible por muchos años. La versión jenofontea de las relaciones entre Sócrates y los Treinta resulta, con todo, bastante más creíble que la platónica; Jenofonte debió ser un maestro de lo que modernamente llamamos “biografía no autorizada”. El principal defecto de Canfora es la seguridad pasmosa de sus convicciones; con frecuencia considera ‘seguro’ lo que es meramente ‘probable’ o quizá solamente ‘posible’: por ejemplo, la hipótesis de que Jenofonte aparezca en diversas ocasiones, a lo largo de su propia obra, bajo personalidades fingidas. Merecía la pena recordar, sin embargo, que *para sus contemporáneos* jamás fue un filósofo, sino un viejo oficial de caballería, doblado de memorialista-terratendiente. No resulta extraño que su figura como ‘pensador’ se consolidase solamente en Roma durante el siglo II a.C.

IV

María de Fátima Silva reconstruye la “crónica de un rey loco”: Cambises en Egipto (pp. 1-14), subrayando su fidelidad a la tradición dinástica de los Aqueménidas, imperial y expansionista. Su discusión

quizás exagera un poco en la persecución de precisiones históricas, cuando el relato es, de hecho, tan obviamente mítico. Mariano Benavente publica un curioso artículo, en mi opinión poco convincente, sobre “Ironía, sarcasmo y humor en Tucídides” (pp. 15-21). El trabajo de Concepción López-Rodríguez toca un punto de historiografía judeo-helenística: “El ‘Moisés’ de Eupólemo y Artapano” (pp. 33-48). Existía entre los griegos una curiosidad vaga, pero no despreciable, por la figura del “legislador de los judíos”, Moisés (Hecateo de Abdera había hablado de él con un cierto conocimiento de causa), identificado a veces con Museo, en un curioso sincretismo. Para Eupólemo, Moisés fue simplemente “el primer hombre sabio”; en cambio, Artápano buscaba en él a “un prototipo de vida nuevo, de una cultura común a todas las élites” (p. 48).

Me parece un acierto, por parte de los editores del volumen, el haber reeditado en traducción el instructivo artículo de U. W. Scholz “*Annales et Historia(e)*” (pp. 79-90). “La historiografía analítica romana se concibe como una descripción del pasado basada en la singularidad de la constitución republicana de Roma. Con ello se indica, al mismo tiempo, que para las restantes obras sólo cabe aplicar un extranjerismo griego: *historia*”. Scholz concede una atención peculiar a Sempronio Aselión, que nos es conocido (muy imperfectamente) a través de las *Noches Áticas* de Aulo Gelio. La analítica habría sido la simple anotación de los acontecimientos y sus fechas, la enumeración de las decisiones del Senado y de las proposiciones de ley. En cambio, las *Res gestae* —o *Historia(e)*— también dan razón de los *consilia* y *rationes* de semejantes sucesos. Por otra parte, la historia ha de partir “de una apuesta íntima y apasionada a favor del Estado”. La comparación con Polibio no resultaría adecuada; el autor griego aspira a una historiografía contemporánea “en función del testimonio ocular, reclama y desarrolla una descripción histórica amplia, pero atenta a los detalles...” (p. 87) —con el propósito de “conseguir una enseñanza intelectual, no para emocionar psicagógicamente” (p. 88). Aselión, en cambio, quisiera una historiografía analítica, que tuviera en cuenta el pretérito remoto y que constituyera “un acicate interno de cara a las aptitudes como

ciudadano” —un precedente, quizás, del logro posterior de Tito Livio. También a propósito de la analística, resulta sugestivo el artículo de J.J. Caerols Pérez, “La religión en los primeros analistas” (pp. 91-104). ¿De dónde solían los ‘historiadores’ latinos entresacar el conocimiento de su propio pasado nacional? Después de dibujar a grandes rasgos el *rol* de Fabio Píctor como propagandista de la causa romana entre los griegos, Caerols recuerda que si éstos, por una parte, apreciaban particularmente los relatos de *origines*, la aristocracia senatorial se caracterizaba por un conocimiento óptimo de sus propias tradiciones religiosas. A continuación, se detiene en el personaje formidable de Marco Porcio Catón y su antihelenismo tenaz (de hecho, creía firmemente en la existencia de una conjura griega contra Roma). Frente a él, la figura menor de Casio Hémina, afecto al helenismo y buen conocedor de las doctrinas pitagóricas.

A continuación, L. Callebat habla de “*Historiographie et imaginaire: les brigands dans l’Antiquité romaine*” (pp. 105-118). Las debilidades y crisis del poder central provocaban automáticamente, como es lógico, el recrudecimiento de la inseguridad. El acabamiento de las guerras civiles (también ello es lógico) resultaba muchas veces crítico: vencidos y desertores se lanzaban en masa al *brigandage*, hasta el punto de constituir, en ocasiones, partidas muy numerosas, capaces de plantar cara a las legiones. Particularmente siniestra fue la fama de los *boúkoloí* del Delta del Nilo, objeto incluso de acusaciones de canibalismo. Buena parte de las *Metamorfosis* de Apuleyo de Madaura podrían merecer razonablemente el calificativo de auténtica “epopeya de bandoleros”.

Francisco de Oliveira estudia minuciosamente “La imagen del gobernante ideal en Plinio el Viejo” (pp. 119-38). Plinio no se permite “ninguna alabanza de la Monarquía ideal, al modo estoico y (en parte) platónico”; buen conocedor de la República romana en su (tópica) Edad de Oro (Catón el Censor, Serrano, Cincinato, Publícola, Fabricio...), elogia su frugalidad y templanza; pero es un partidario convencido del Imperio, no, en modo alguno, un nostálgico del orden anterior. La crítica contra los ‘malos’ emperadores más bien sirve para exaltar el régimen: de hecho, constituye un *topos* de la misma retórica

encomiástica. Los valores de la paz y la moderación resultan particularmente destacados; la época era poco propicia a “la exaltación de virtudes puramente militares en la imagen del gobernante ideal (p. 138). Viene a continuación un estudio muy interesante acerca de “El bíos de Diógenes el Cínico en Diógenes Laercio” (pp. 139-50), firmado por J.L. Calvo Martínez, quien empieza rastreando, de modo tentativo, las condiciones materiales para la composición de un libro de estas características: me refiero a lo que se puede y lo que **no** se puede hacer trabajando con rollos de papiro. Sin embargo, la hipótesis de que el biógrafo manejase en muchos casos *excerpta* copiados *propria manu* no me parece especialmente convincente. Calvo plantea una cuestión importante: ¿por qué el estudio consagrado a una figura como Diógenes el cínico es tan desmesuradamente largo (81 párrafos)? Nada parece justificarlo... Nada si no apelamos a aquel deleite tan pronunciado de Diógenes Laercio por las anécdotas picantes e intencionadas, en detrimento del análisis doctrinal —una preferencia que, si bien entusiasmaba a Nietzsche, ha encolerizado casi siempre a los profesores de filosofía de cualquier observancia. Concluiré este párrafo refiriéndome al estudio de F.P. Rizzo a propósito de “Le *Vitae Sophistarum* di Eunapio di Sardi fra biografia ed agiografia” (pp. 151-61); unas *Vitae* que constituyen uno de los puntos culminantes de la reacción pagana contra el cristianismo triunfante. Eunapio pretende convertir “la propria trattazione biografica [*en*] *filósofos historia*” (p. 154); unir el estudio de la filosofía “e quello dei *lógoi* e delle vicende dei grandi uomini del passato” ¡un programa realmente ambicioso, ni qué decir tiene! Dificultades paralelas, naturalmente, también afectaban a los cristianos. Ni siquiera un Eusebio de Cesarea fue capaz de combinar la vida de un emperador con la de un santo: su *Vita Constantini* constituye —desde los puntos de vista ideológico, literario, historiográfico— un fracaso sin paliativos. Los adeptos a la nueva religión tuvieron que configurar sus propios modelos historiográficos, la *historia ecclesiastica* por ejemplo: intentar competir con Tucídides habría resultado ridículo. Eunapio pudo utilizar como modelos, más o menos lejanos, a Filóstrato y Jámblico, que también habían compuesto “hagiografías paganas”; pero, mientras en el caso del cristianismo, la

potentia sanctorum (esto es, la gratuidad absoluta de los poderes extraordinarios de los santos) alcanza a todos con su energía salvífica, el *theios anêr* pagano solía gozar de unos orígenes y una formación más bien aristocráticos y exclusivistas: un mal punto de partida, para recomendarlo a las masas ávidas de salvación... Tampoco en este terreno, paganos y cristianos competían con armas parejas.

V

Bajo el título de “Las nuevas historias nacionales”, P.J. Quetglas se ocupa (pp. 163-76) de obras historiográficas en latín escritas después de la caída del Imperio de Occidente “con la finalidad supuesta de ensalzar a uno u otro de estos pueblos que solemos llamar bárbaros” (p. 163). Habla, sobre todo, de Gregorio de Tours, el venerable Beda, Jordanes, Isidoro de Sevilla, Pablo el diácono. Las relaciones con Bizancio, la Nueva Roma, constituyen un aspecto muy singular de algunos de estos autores. Personalmente, habría deseado que la discusión acerca de Jordanes fuera más extensa: su relación con el pretérito greco-latino resulta (por su condición de habitante, aunque de origen godo, de Constantinopla) francamente compleja. Cierra el volumen, de modo no muy apropiado, el artículo de Miguel Alonso Baquer “Los tratadistas militares en el otoño de la Edad Media y el Renacimiento” (pp. 177-90), que no encaja del todo con la temática general del libro. Con todo, la fortuna de Vegecio, el gran tratadista militar de la Antigüedad tardía, constituye un argumento por demás interesante.

* * * * *

Después de este repaso —sin duda demasiado rápido, aunque pudiera parecer lo contrario— de un número de temas, autores y argumentos excepcionalmente variados, cualquier conclusión apresurada resultaría, sospecho, fuera de lugar; quiero destacar, únicamente, la vitalidad extraordinaria de un campo de estudios de veras fascinante, y en el que queda aún tanto por hacer.

Universitat de Barcelona